

Baudelaire: sombra y grandeza

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

A CARLOS BAUDELAIRE

*De Lucifer un lampo sobre tu sien destella
y en tu lira de oro gime un Edén perdido;
las pomas exprimiste del árbol maldecido
y el beso de Caín tu heroico labio sella.*

*Del exótico Oriente se delata la huella
en el ámbar y el sándalo de tu verso fluído;
en las hupas monstruosas de tu amor dolorido;
en tus pomas letales y en tu mágica estrella.*

*Al litúrgico acento de tu voz, un perfume
y un fuego primordial nos embriaga y consume
en el dolor votivo, como a sutil incienso.*

*Y artífice sin par de la férvida Europa,
tiendes eternamente tu burilada copa
a la sed de Belleza y a su anhelar inmenso.*

Guillermo Valencia.

En el orbe de la belleza y de su jerárquica expresión, el arte, a trechos aparecen nombres y creación que por fuerza trascendente y constante de su gloria, no han menester conmemoraciones, tan convencionales como la propia división del tiempo. De siglos y milenios siguen proyectando, en voces y semblante, las manifestaciones de esa belleza ya en volúmenes arquitectónicos, ya en páginas y formas de armonía inefable: poema, pentagrama, bronce, mármol, lienzo en que sus creadores quedaron para siempre rescatados al olvido; y por gracia de esa misma creación se incorporaron a todas las inmanencias del tiempo. El fenómeno lo define y condensa, lo evidencia integrado el símil felicísimo de un grande y olvidado pero poderoso poeta colombiano, Dmitri Ivanovitch, cuando el elogio amoroso de unos ojos lo clisó en este terceto:

*Tus ojos en los míos siempre fijos están
como en la silenciosa corriente de los ríos
los luceros se quedan y las aguas se van.*

Nombre y obra de Baudelaire —capitán seráfico de satánicas falanges— pertenecen a las dominaciones y potestades luzbelianas que se rescataron a su propia sentencia de temporalidad terrena para la perennidad del genio. Grande, siempre grande, sobre el pedestal de fatalidad y de miseria que fuera su llagada existencia sigue siendo, al cabo de un siglo de transitoriedad humana, el poeta del hombre en plenitud dolorosamente excelsa del Bien y del Mal.

UBICACION TERRESTRE

En París, calle de Hautefeuille —absorbida hoy por el boulevard Sainte Germain— nació Charles-Pierre Baudelaire, a las tres de la tarde —hora de Gólgota!— el 9 de abril de 1821. Su tardío padre, José Francisco Baudelaire, lo engendró cuando era ya algo más de sesentón; la madre, Carolina Dufays Archimbaud, era londinense, de 28 años cuando lo dio a luz, hija de ingleses en noble pobreza.

Huérfano de padre a los cinco años y con padrastro al año siguiente, por el matrimonio de Carolina con un tal coronel Auspick —(cuyo primer nombre como que nadie ha dado)— de Baudelaire pudiera decirse que nació y padeció en triple orfandad: una vez por la muerte y dos por la vida: ante esas nuevas nupcias, el hijastro asumió actitudes de desafecto, incomprensión y rebeldía: el desnudo corazón del hijo explicablemente no veía en ellas otra cosa que una usurpación odiosa, del señorío del remanente hogar. El azaroso decurso de los años colegiales y en la Escuela de Derecho, asiduo de cabarets literarios, distante aún la mayor edad, provocaron en el padrastro la decisión de cortar a flor de brote una bohemia amenazadora de rudos fracasos, paradójicamente doblada de dandysmo. En mayo de 1841 se le embarcó rumbo a Calcuta. El viaje como solución, fracasó: el forzado viajero regresó a Francia desde las Islas Mauricio donde se resistió a continuar a bordo, y después de diez meses regresó a Francia.

Entre los más fidedignos biógrafos de Baudelaire, el fracasado viaje a Oriente se estima como tal, solo para los propósitos del padrastro y su esposa; pero quizás no del todo para el viajero que hizo su contacto con el mar y respiró exóticos ambientes, futuros escenarios, fantásticos, vivificados por la inspiración genial del poeta de **El albatros**, **A una dama criolla**, **El hombre y el mar** y tantos otros caracoles gigantes a los que como en el verso-trofeo de Heredia, pudo también decir el jerdinero del mal

*Así llevo mi espíritu, viva celda sonora:
y como en su recinto donde suspira y llora
monótono y acerbo, milenario clamor,*

*en los pliegues profundos del alma que fue de Ella,
lento, sordo, impasible, como eterna querella,
ruge de mis tormentas lejanas el fragor.*

¿Quién, sino el mar “recomenzado siempre”, pudo nunca reflejarnos al máximo de presencia palpitante la de Dios, singularmente cuando se le contempla con atormentadas hambre y sed de belleza, de armonía, así sean estas tenebrosas, satánicas desoladas?

París, patíbulo y retablo—Vuelve, pues, a su “cara Lutecia”, paraíso natural de todos los sentidos, ámbito de su actividad creadora; se instala en plena isla de San Luis, en el hotel Pimodán y en piso lujosamente arreglado. Y se abre su época de fastuoso dandysmo que apenas se atenúa con discretas notas de bohemia, para decirlo con él mismo; se da aires de hidalgo muy letrado y de artista, antes que todo para que no se le confunda con un dandy meramente social. Sin mayor edad todavía, sin embargo ya era, además de aquello, todo un diletante, con alardeada y elegante diletancia, para ratificar todo lo cual formula el que pudiéramos llamar doctrinal del dandysmo. Véamoslo en “Mi corazón al desnudo”:

“El dandy debe ser sublime sin interrupción. Debe vivir y dormir ante un espejo. Ser hombre útil me pareció siempre cosa desdeñable, repugnante casi. Un dandy no hace nada. ¿Cabe figurarse un dandy tribuno demagogo hablándole al pueblo, como no sea para burlarse de este? No es precisamente un especialista, ni mucho menos: debe ser hombre de ocio y de educación general, cultural para ser hombre superior, y ser rico para poder amar el trabajo. Es el ocio lo que me ha hecho grande, si bien con detrimento propio, pues el ocio sin fortuna acrecienta deudas y aumenta humillaciones, aunque de otro lado, con gran provecho en cuanto a la sensibilidad, la meditación, las apreciaciones de todo orden. Los demás escritores son, en su mayoría, míseros jornaleros de la pluma...”.

Trajes, diálogos, anécdotas —excéntricos, malévolos, de ingenua estridencia— van amontonándose con los días, para conformar un ente de voluntario y medido esnobismo, mezcla de naturalidad elaborada y de temperamental proclividad, y todo, todo, al servicio de una obsesión centrífuga vital: ser en toda hora y en todo instante, asombroso, asombrador, paradójicamente perverso y mixtificado, obsedido de lucir siempre “una máscara diabólica modelada por él mismo y que acaba por falsear, para los demás, su verdadera fisonomía”. El forjó su propia leyenda, con autorretrato demeramente que hiciera casi imposible contemplar la vera efigie de un espíritu luzbeliano —¡jamás luciferino!— un espíritu recóndito que le disfrazara la propia personalidad.

Pero amigos y conocidos, habituales o circunstanciales se entregaban halagados al vehemente atractivo, al misterioso encanto de ese espíritu que desahogaba en estridencias artificiosamente conceptuales, las amarguras latentes, el sofocado estruendo de un cerebro y un corazón, potentes manantiales subterráneos de ternura celeste, de piedad panteísta. Balzac, Gautier, Bainville, Asselineau, Houssaye, Catulo Mendez, Jules Claretie —el discípulo amado— formaban coro y cortejo al hechizante mentiroso, porque penetraban en la auténtica atmósfera de su alma, pasando a través de la convencional y ruidosa de un histrionismo rencoroso, amanerado y espectacular, perfectamente postizo, pero que en rigor de verdad nunca tuvo nada qué ver con su **corazón al desnudo**: en una desnudez auténtica

que se hace presente hasta en el título del poemario inmortal, hecho de dos conceptos antinómicos, antitéticos: **flor y mal**, como lo son **lirio y fango**: un fango en que, sin detrimento alguno del aroma y la albura, de la belleza integrada, las plantas generadas hundían sus raíces para nutrir la floral plenitud y para abrirse paso a través de una capa de terrenal malignidad, notoriamente demasiado ostentosa para ser esencial y verdadera.

Volviendo hacia la adolescencia de Baudelaire —esa época en que el influjo del hogar en concienzuda actuación paterna y en maternal ternura modelan en gran parte inteligencia y sensibilidad en flor, para más tarde fructificar en el hombre— tal vez pueda encontrarse allí la clave de esa mal encubierta desolación que tanto destila rebeliones y amarguras en sus malévolas flores. Halagada socialmente por un segundo esposo, alto personaje del Estado, la joven madre dijo resignarse a ver sacar del nuevo hogar al hijo único del anterior, “por no imponerle a mi marido la presencia de un joven cuyas ideas y costumbres no armonizaban, ni mucho ni poco”, con las del padrastro. Dio como explicación el que “como mujer no veía en todas las cosas más que el sentimiento”. En tales horas, hay que admitirlo “no fueron precisamente la mentalidad ni el sentimiento maternales los que triunfaron”. Cuánto hubo de expiar más tarde la doble viuda, solo una vez madre, aquel egoísmo conyugal. Contra todos cuantos han señalado o sugerido la nefanda especie de un posible “complejo de Edipo” en el hombre adulto de las **Flores del mal**, tal vez sería más honesto y recto advertir en su **satanismo** tan solo el resentimiento y el desgarró por la nostalgia latente de lo que a él le pertenecía en primer término, y sin embargo le fuera arrebatado casi con desnaturalizada indolencia: el amor y cuidados maternales al hijo único: traicionada ternura, obra de egoísmo interesado.

Máscaras y obsesiones—Si Baudelaire se enmascaró de satanismo, no menos máscara era el obsesivo empeño de asombrar y escandalizar a la burguesía circundante no para deleitarse en los fastuosos recintos del poeta, sino para la vanidad de pretender manosearle ya con las admoniciones, ya con las lisonjas. De allí naciera tal vez la tenaz preocupación baudeleriana a lo largo de su vida: asombrar, **epater**. El carácter que las manos paternales no alcanzaron, y las maternales se sustrajeron egoístamente a modelar, le creció como árbol deforme de pomos venenosos. Los amigos sinceros nunca le tomaron en serio ni exabruptos, ni paradojas, ni mentiras: de sobra sabían y a fondo que su verdadera alma no se proyectaba en esa imagen ficticia, errónea, de sí mismo. Solamente él, él mismo, fue autor de su leyenda negra; él propio quien se retrató de semi-loco, y con tal y tanta intención en defenderse, que por poco termina sepultando su verdadero y luminoso ser, tierno, creyente, casi místico, bajo la hojarasca de boutades y blasfemias.

Pero como ya está dicho, a los amigos y circunstantes, fieles y habituales fueles dado el privilegio de desenmascararlo, no para corregirlo y sancionarlo, menos aún para entregarlo a la voracidad caínica, canina, insaciable que hace su agosto en los mundillos de las letras, **urbi et orbi**, sino al contrario, para alimentar y mostrar rescatados del turbión maligno y fangoso los genuinos tesoros de un alma lumínica, soterrada bajo el limo carnal. Adquiriendo ese privilegio, pasaron a dar su imagen verdadera. De entre esas descripciones, empezando por la exterior, es quizá la de Gautier la más fidedigna, serena y perspicaz:

“...cabellos cortados muy al rape y del más hermoso negro, que formaban puntas regulares sobre la frente de blancura deslumbrante, como un casco sarraceno; ojos color tabaco español, de mirada profunda y espiritual, de penetración talvez demasiado insistente; boca de dientes blancos, sombreada de leve y sedoso bigote, sinuosamente móvil, voluptuosa, irónica, como pintada por Leonardo; nariz fina y delicada que parecía estar olfateando siempre vagos perfumes lejanos; un hoyuelo acentuábale vigorosamente el mentón, como un final rotoque de estatuario. Pulcramente rasurado, el azul reflejo de las mejillas que los polvos aterciopelaban, hacía contraste con el matiz sonrosado de los pómulos. Garganta de blancura y elegancia femeninas le emergían de un cuello bajo, como desprendida del lazo de angosta corbata sedeña de Madrás”.

Así, en efecto, se le mira en los varios retratos de la colección Aubert, en la conocidísima fotografía de Carjat, en los autorretratos, y sobre todo, para inapelable exactitud, en la mascarilla de Zacarías Astruc. Esto como estampa externa; que como actitud, acción y expresión el burilado de Gautier —primer prologuista de las **Flores del mal**, entrega un camafeo espléndido:

“Medía sus frases; empleaba solo términos bien escogidos, con dicción muy especial, como queriendo subrayarlos con misterioso énfasis: se dijera que en la voz tenía fonéticas iniciales, mayúsculas, itálicas... Cuando lanzaba una paradoja desconcertante, lo hacía en tono más reposado, desarrollando con rigurosa lógica las más extravagantes locuras. Su ingenio no consistía en palabras ni en ocurrencias, sino en que veía las cosas desde un personalísimo punto de vista, como quien mira a vuelo de pájaro, desde arriba. De allí que sorprendiera inapreciadas relaciones con inédita lógica, extravagante y asombradora. Los ademanes eran lentos, raros, sobrios, cercanos al cuerpo, pues sentía horror por la gesticulación. La fría circunspección británica era de gran tono para él”.

* * *

En plena brecha. Poe y Baudelaire—Seche y Bertaut han detallado en biografía caleidoscópica, la existencia botarate del poeta, del “sin blanca”, del acosado deudor en una de cuyas anécdotas asoma, como orquídea entre lianas urticantes, esta confesión sobre su situación de multideudor moroso: “...he obligado a mi madre a hacer grandes desembolsos, lo que me avergüenza; le debo miles de francos... y no es justo que yo siga atormentándola ahora que es pobre”. Es justa hora de preguntar: ¿A cosas como estas será a las que alude el pretendido **complejo de Edipo**? Bizarro psicoanálisis, patraña lamentable de pseudo-críticos audaces, nada más.

La pobreza lo llevó a lindes extremos; pero como ya sabemos cuánto era y por qué un dandy doctrinario —mil veces más por su espíritu que por el sastre— tuvo siempre las alas listas para planear sobre infortunios y miserias de esa laya, con el heroísmo pleno del esteta. Lo que —dicho sea de paso— no hizo nuestro príncipe de los **Nocturnos** que se dejó echar de la vida a mezquinos empellones de los sórdidos mercaderes de sus días.

Alguna vez, al agradecerle a un amigo, ayuda oportunísima, escribe: “Viendo estoy ahora que no tengo más amigos que mi madre y usted”.

Mal podía fallarle el orden afectivo filial, puesto en el trance de agradecer bondades. Pero aún hay más en el héroe de su propia resistencia denodada: ni cuando adversidades y fracasos fueron peores, mortales, sintió vacilar la verticalidad del espíritu sobre el pavés de una fe incólume, de una inmarcesible esperanza, de una orgullosa propia estimación. Confiándose de un compañero de angustias y miserias. “Me mantengo —dícele— al borde del suicidio; pero me retiene una razón extraña a la cobardía y al pesar: es mi orgullo, que me impide dejar mis asuntos embrollados”. Sabía, o intuía, que nadie puede sentirse seguro de sí mismo sin pre-sentirse más seguro aún en la fe y en la esperanza ultraterrenales. Y si alguna vez lo pensó y aun lo intentó, en último término afloraba la vis tragicómica de su inveterada, su irresistible pasión de hacer el excéntrico perpetuo, aun a costa de sí mismo. Con cuánta exactitud lo juzgaba Louis Menard, contemporáneo suyo y del círculo confidente: “Se atormentaba el espíritu solo por burlarse de su corazón”.

León Cladel, egregio y desafiador novelista cuyo implacable realismo le hizo dar en una cárcel, admirador de Baudelaire y autor de una serie de novelas bajo el título de **Mis contemporáneos**, es quien ha dado la óptima semblanza de la mentalidad especial del poeta; ningún otro escritor de por entonces, llegó a señorear como él lo hiciera, con más penetrante y preciso poderío, el complicado y paradójico mecanismo de Baudelaire. Y así escribe:

“En la época lejana en que nos frecuentábamos asiduamente, Baudelaire vivía casi ignorado de la multitud pero francamente admirado de discípulos y de émulos. Gustaban los capciosos encantos de su palabra y se buscaba con interés su sociedad. Siempre muy cortés, muy altivo y muy untuoso: había en él algo de fraile, de soldado y de mundano, y allí la razón de los numerosos y poliformes retratos del poeta y del hombre. En cuanto a mí, aún pareceme verlo tal cual lo viera y como lo entrego: abierto a todos los que creía buenos y sensibles; huraño con los que juzgaba distintos; evitaba a los frívolos, y no iba intimando con cualquiera. Si la familiaridad impertinente de los cursis llegaba a alterarlo causándole molestia o aflicción, las manifestaba en forma verbal fulminadora; si era alguno de sus viejos condiscípulos, encontrados ahora en pleno París casualmente, el que incurría en aquello mismo, los efectos asumían grado de verdadero furor... Elegante, un poco amanerado; circunspecto, tímido y revoltoso a la vez, tenía amigos pero no compañeros. Los tontos le hubieran hecho huír a los confines de la tierra con solo hablarle de sus propias obras o de las de sus contemporáneos. Su asombrosa reserva en este punto provenía del profundo desprecio que sentía por los charlatanes en plan de censores y de críticos, procurando no tener nada de común con ellos. Evidentemente, debía parecer excéntrico a sus iguales, a los de su profesión, pues sentía en el más alto grado —a su manera, desde luego— el respeto de sí mismo y por ende, a los demás. Muchos literatos y folletinistas contemporáneos lo odiaban por las apuntadas razones y porque los ponía en ridículo. Inclinado a cierto género de bromas negras, aguardaba estar emocionado para aparentar una falsa insensibilidad. Y cuando más lúgubre se sentía, más quería aparecer jovial. Una de dos: o contaba, entre dos carca-

jadas desgarradoras como sollozos, con pretexto de hacer reír, historias de ultratumba que helaba la sangre y horrorizaban a él mismo en primer término, o se burlaba implacable, pero muy habilidoso, del auditorio, tratando de demostrar técnicamente, con alta escuela, la cuadratura del círculo, la malignidad de los cometas, la atracción del abismo, el movimiento perpetuo, la trasmutación de los metales, la bondad del demonio, y cien cosas más, como la influencia fatal de la cocina sobre el genio humano, o la probable conformación física de los santos; todo en frases abstrusas, casi incomprensibles, a través de las cuales pasaba y repasaba una charla trivial, inagotable, sobre fórmulas culinarias y farmacéuticas relativas a la preparación del pollo, sí que también a la del dilecto **haschisch**, a la del pato con azafrán, o a la del carnero con opio, adobándolo todo con palabras de cábala y de metempsicosis. Y cuando el oyente acaba por dormirse, entonces el pérfido orador, alegre y triunfal lo abandona dejándolo dormido de pie”.

Estas páginas luminosas de colorido estilo pertenecen a **Dux**, obra de Cladel en la que Baudelaire figura con solos sus nombres de pila, Charles Pierre, y se repiten en otra del mismo Cladel, **Bonshommes**.

Finalmente, colguemos sobre este sencillo muro evocador el boceto no “a tres lápices de palidez y espanto”, trazado por Judith Gautier, amiga de Baudelaire, de Nerval y demás grandes de su época, consecuencia de su altísima calidad de escritora hija del autor de **Esmaltes y camafeos**; retrato que trazó como al desgairé en su encantador **La segunda hilera del collar** y que con **Recuerdos de una parisiense** reconstruyen magistralmente la hechizante atmósfera de su juventud; “Era —de Baudelaire dice Judith— un excelente muchacho que se complacía en afectar un rictus feroz y un escritor clásico que se secaba el cerebro por encontrar actitudes y expresiones de exotismo”.

En este breve retablo del poeta no viene el caso la fisonomía del escritor indiscriminado que se inició como prosador y crítico de arte con sus magníficos **Salones**, ni la del político que llegó en ello hasta 1865 cuando renegó de tan ajeno menester baudeleriano. A esta época pertenece una anécdota estupenda que fraterniza gemelamente con otra similar de nuestro grande Valencia, el de **Ritos**, muchas veces contada en su anecdotario político; anécdota de la punitiva réplica que dióle Valencia a un colega parlamentario que en el curso de un debate enrostró al traductor genial del danunziano **Pánfila** haber cometido tamaño desacato y descaro con la majestad social y moral. Valencia que sabía sobradamente los invisibles pero bien llevados aditamentos que su contendor mojigato llevaba en la testa, viva ilustración para un soneto de Rivera, “El ciervo”, en **Tierra de promisión**: “Como la zarza del Horeb se incendia / su cornamenta en el fulgor lejano”), por toda réplica disparó “a la cabeza”, como gran hijo de San Humberto que era: “Hay algo bastante peor que traducir a Pánfila, su señoría, y es el estar casado con ella”. La anécdota baudeleriana fue en trance de haberse presentado en cierta sociedad provinciana de la que hacía parte principal el Notario de la localidad, acompañado extraconyugalmente. Descubierta el “paquete”, el Notario le espectó muy digno y furibundo: “Usted ha engañado y ofendido a esta sociedad con su falsa madam

Baudelaire que es solo su favorita". A lo cual con sarcástica tranquilidad el poeta contra-disparó: "La favorita de un poeta puede valer a veces tanto como la esposa de un Notario".

* * *

En plena madurez —inconclusa madurez por precoz— es cuando viene a descubrir al poeta de **El cuervo** y prosista de las **Historias extraordinarias**. Admiración y júbilo empeñáronse ahí mismo en la labor de su versión francesa: "Es preciso, yo anhele, que Edgar Poe, no gran cosa en América, sea un grande de Francia" —dice en carta en marzo de 1856, a Saint-Beuve—.

¿Por qué Baudelaire quiso, al parecer, olvidarse de sí mismo, para entregarse a la glorificación de otros? Lo dice él mismo en otra carta literaria: "Porque se parece a mí. La primera vez que abrí un libro suyo vi con espanto y con arrobamiento, no solo asuntos, temas, cosas, soñados por mí, sino aun frases pensadas por mí y escritas por él, veinte años antes". Poe había muerto hacía siete años. Desde ese instante Poe será su otro yo, empapado plenamente de su influencia, de su pensamiento que lo colmarán en todo momento porque no es solo la obra sino también la vida misma de Poe lo que lo apasiona. Jamás supo ni quiso perdonar a los **yankis** —así los llamaba despectivo— lo infernal que los propios compatriotas le hicieron la vida terrenal.

La "Noticia sobre Edgar Poe", preliminar a la versión francesa de los **Cuentos extraordinarios**, evidencia el justísimo fervor casi idolátrico por el autor del **Crimen de la calle Morgue**, **El gato negro**, de **Corazón delator**. Diecisiete años le dedicó a la tarea traductora solamente interrumpida por el prematuro y doloroso final de su, hasta en esto, hermano de ultramar. A tal punto se apasionó por esta labor que resolvió instalarse residencialmente cerca de la casa editorial de los folletines y libros que acabaron por integrar los tres volúmenes que dieron.

Las flores del mal—Editadas por Poulet-Malassis, aparecen en 1867. Este título reemplazó al que en un principio le tenía el autor **Las lesbianas**, y también, más tarde **Los limbos**, que talvez hubiéranle restado al poemario su genuina calidad y realidad temática. El título adoptado lo sugirió Hipólito Babou. También hubo de ceder a las observaciones del Gautier sobre contenido y dimensión de una dedicatoria que más parecía una profesión de fe esteticista que una verdadera dedicatoria; y admitiéndolo todo razonablemente, acogió aquel título y sustituyó la dedicatoria por otra que muestra ferviente gratitud con el "muy querido y muy venerado maestro y amigo", Gautier, a quien consagra como "poeta impecable, mágico perfecto de las letras francesas".

Fiel a la norma de asombrar y escandalizar verbalmente, no menos que a la del masoquista pasional, Baudelaire incitó con sus poemas las más enconadas palizas críticas, las timoratas, las hipócritas, y demás ralea. Pues bien, como se ha dicho y repetido, no solo estas le cayeron, sino que también logró echarse encima la justicia oficial, por obra y fobia de un periodista: Gustavo Burdin, en **Le Figaro**. La monserga acusadora no puede ser más demostrativa de que en punto a cierta laya de crítica literaria, las novedades lo son de puro viejas. Vale la pena releerlas: "...desde hace

unos quince años, Baudelaire es un poeta inmenso para un pequeño círculo de amigos cuya vanidad, al saludarlo como a un dios o cosa parecida, logra una especulación bastante buena. Se reconocían inferiores a él, pero al mismo tiempo se proclamaban superiores a todas las gentes que negaban al nuevo Mesías... Jamás se ha visto despreciar más locamente brillantes cualidades. Es como para dudar del estado mental de Baudelaire... Lo odioso se confunde con lo innoble, lo repugnante con lo infecto... Ese libro es un hospital abierto a todas las demencias del espíritu, a todas las putrefacciones del corazón... Nada puede justificar en un hombre de más de treinta años la publicación de tanta monstruosidad". Y logrado el propósito del espaviento, Baudelaire fue condenado a multa, por una parte, y adicionalmente a la mutilación del poemario en que había puesto "todo su corazón y su ternura, toda su religión, todo su odio". Solo que al día siguiente de la sentencia, agradeciéndole el envío del libro, Víctor Hugo le dirigía estas líneas:

"He recibido, señor, su carta y su hermoso libro. El arte es como el azul: campo infinito. Usted acaba de demostrarlo. Sus Flores del mal brillan y deslumbran como estrellas. Continúe! yo grito Bravo! con todas mis fuerzas a su vigoroso espíritu. Permítame terminar estas líneas con una felicitación. Una de las raras condecoraciones que el régimen actual puede conceder, acaba usted de recibirla. Le estrecho la mano, Poeta".

Dos años más tarde, Hugo ratificaba lo dicho: "Ha dotado usted al cielo del Arte de no sé qué rayo macabro. Ha creado usted un nuevo escalofrío!".

No obstante las reservas que el jardinero de Las flores del mal manifestara frecuentemente respecto del de Las constelaciones y Los castigos, los testimonios que de su autor recibió fueron, seguramente, mucho más apreciados y sentidos de lo que el elogiado dejara traslucir. Baudelaire pensó que como desagravio, absolución y glorificación, nada podía superar a las que le impartía el máximo pontífice de la lírica francesa, representante de todas las escuelas y jerarquías en ella, es decir, de la lírica universal.

A partir de la aparición resonante del libro, la actividad fecundísima del autor se acrecienta, se exalta en forma soberbia, irradiante, febril. Para muestra del método y la disciplina en la labor, tomémosle a Cladel, el discípulo amado, el relato de lo que ocurría en el **modus operandi** en la faena traductora de Poe, abocada entre los dos:

"A la obra! A la obra!" —me decía en cuanto me tenía a su lado—. En principiando el **desbroce**, enfrentábase a la exactitud de la versión: "¿La palabra exacta; el matiz riguroso y deseado? Mucha atención!". Y luego proseguía con un escrúpulo digno del más rígido y excelso tribunal del idioma, el original y el de la versión. "No hay que confundir **agradable** con **amable**, ni **cortés** con **encantador**, ni **afable** con **gentil**, ni **seductor** con **provocativo**, ni **gracioso** con **ameno**: estos términos no son rigurosamente sinónimos, cada uno de ellos tiene una acepción particular exacta; nunca debe emplearse uno

por otro". La expresión debía adaptarse a la idea con la justeza de un guante a la piel.

Y maestro y discípulo lanzábanse febriles a la caza del vocablo misterioso. No obstante el escarmeno filológico sobre las sinonimias anotadas y revaluadas, tras la infructuosa persecución de un vocablo absolutamente equivalente, la carga se daba por el neologismo que llenara el vacío de los diccionarios; al fin y al cabo, "un neologismo solo asusta a los académicos que, salvo un Hugo o un Sainte-Beuve, todos los demás jerigonzan poco o mucho".

En torno a la versión de Poe, Baudelaire formula, dentro de su credo estético, el que pudiera llamarse doctrinal del traductor honesto, talentoso y dominador de ambos idiomas. Por ejemplo, estos dos lemas fundamentales: a) no traducir sino a aquel a quien amemos como a nosotros mismos, para matar en germen al *traditore* carduciano; b) No falsear lo ajeno ni con la voluntad de su dueño. Son como dos mandamientos de ética estética, paráfrasis de los de la ley de Dios.

Baudelaire no académico—En 1861 surge el proyecto de la inmortalización académica del poeta. Ni qué decir que tal **inmortalidad** era, mejor, una imposibilidad. Ni él mismo se hacía semejante ilusión.

El primer empeño fue por el sillón vacante del dramaturgo Antonio Eugenio Scribe; hallada herméticamente cerrada la vía, pensó luego en la de Lacordaire, nada menos. Esta se la decapitó el perillustre y personalmente detestable Saint-Beuve quien, con De Vigny, manipuló las cosas hasta hacer que fuera el propio Baudelaire quien retirara la candidatura. Y siguen los años de la declinación. A poco se traslada a Bélgica, buscando paz, huyendo de la diabólica mulata que lo exprimía, como también de angustias económicas. La carta a un amigo delectándole los motivos para alejarse de París, es un documento estremecedor en su desolada franqueza: "...Estoy enfermo. Mi temperamento es ya execrable, culpa de quienes me engendraron, por quienes soy ya un deshecho: hijo de una madre de veinte años y de un padre de sesenta y dos, proporción patológica, senil. Y si no, pregúntale a tu profesor de fisiología —(Claudio Bernard)— lo que piensa él del hijo de semejante unión". Solo al cabo de dos años regresó a Francia, a morir en su París.

* * *

Mujeres y amores—En esta comarca baudeleriana hay dos zonas: la negra, morada de Juana Duval; la blanca, reino fugaz de Mme. Sabatier. En el capítulo respectivo del libro de Seche y Bertaut —fuente y dimensión compacta de todo cuanto ha servido para sondeo y análisis de tan complejo asunto baudeleriano— bien clara se muestra la anterior apreciación: entre yermos ardidios vaga la pantera-mulata, entre letales ciénagas y jarales hispídos; la otra, la pradera iluminada por la lumbre apacible, intensamente espiritual a sus comienzos, y que hubiera sido redentora, de Mme. Sabatier, y en la que el amante puro buscaba apaciguar ansiedades de piedad, ternuras maternas que tan sañudamente le faltaron en la primera edad. Solo que este amor ultraterreno, alimentado anónimamente durante largo tiempo y realizado al fin humana, demasiado humanamente, acabó sacrificado por la triste y mezquina realidad. El epílogo de esa corta

novela, vivida por ellos, no tuvo siquiera la fulminante conclusión de un drama humano, de una tragedia espiritualizada, sino la taciturna reducción a un episodio intrascendente de etiqueta social. O quizás peor, fue el invencible retroceso del alma, repugnada de la orgía en que se esfumó todo un orbe ilusorio y diáfano, rescate de una superación por el espíritu. La carne cobró la regeneración que buscaba el alma queriendo redimirse de lo corruptible y lo efímero. El pecado, casi crimen espiritual de Baudelaire, fue el haber bajado de su nicho al arcángel que desde lo alto velaba por él, para convertirlo en criatura y manjar posible de sensualidad insaciable y relajada al máximo. Las cartas de este amor sin nombre y sin ventura, para Mme. Sabatier, son conmovedoras hasta lo inefable y dan fe de un hechizante poderío, totalmente incongruente con la innobleza del macho humano paradójicamente saciado pero insatisfecho. Es cierto: "visionario lo fue Baudelaire toda la vida; siempre confundiendo las humaredas con las montañas, la ilusión con la realidad, lo que explica su rencor con las mujeres—madre, amantes vulgares, amigas eventuales, mujeres selectas superiores—. Salvo a su madre, a todas las demás acaba por odiarlas, tan lejanas están de su sueño!: extinta la pasión sensual, saciado el deseo, surgían al punto el asco o el desdén. Está claro: la diosa se había precipitado desde su dosel hasta el lodo terrenal. Y nada más lamentable que una imagen divina, o divinizada, entre el fango; nada que hieda tanto como una esperanza que se pudre.

Hacia la eterna lumbre—Tras una fugaz visita a París vuelve al voluntario destierro bruselés. Y se abre el capítulo final de esa vida flagelada por la miseria en todas sus fases, como expiación de la propia grandeza sometida a todas las pequeñeces, a la soledad desamparada, a la pobreza, la incomprensión, la envidia, las enfermedades y los vicios. La indigencia llegó un día al límite atroz de no tener para portear una carta a París en solicitud de dinero. Y de tumbo en tumbo, orgánica y anímicamente va declinando su vida, agravándose hasta que ya las mismas palabras desdeñan su pensamiento y su sentir. Las crisis se presentan sucesivas, acortando intervalos, hasta llegar a la parálisis parcial. Al llamado de los tutores por diagnóstico fatal, Mme. Auspick vuela a ver al hijo sin padre ni padrastro. Y le toca presenciar la peor de las torturas: una progresiva afasia que acaba por invalidarlo totalmente, con la adhehala de una irritabilidad tremenda por impotencia sensorial. Con el traslado a París hubo una ligera aparente reacción física y anímica que creó fantasmas de esperanza. Pero no: irritabilidad y amnesia volvieron a hundirlo lentamente en las sombras de la total demencia. Y arropado de la infalible, así sea a la postre, maternal ternura, le llegó el mediodía redentor del 31 de agosto de 1867.

* * *

Las flores del mal—Han tenido muchos y felices trasplantadores a las eras castellanas. Como un doble tributo a Carlos Baudelaire, en el centenario de su tránsito a la paz impasible, a la fama sin sombra y a la gloria del espíritu, purificadas en la inmensa expiación terrenal, y a sus intérpretes colombianos, el **Boletín Cultural y Bibliográfico** ofrece esta colecta de versiones que ha sido posible, pero que en todo caso representan con dignidad la presencia del poeta excelsamente raro que dotó al arte "de un nuevo escalofrío".